



Universidad
Nacional
de Rosario

Universidad Nacional de Rosario
Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final

***“Psicoanálisis: la disputa de la demora ante las
problemáticas de consumo”***

Autor: Fernández, Joaquina

Legajo: F-5273/6

DNI: 39346935

Mail: joaquinafernandez@hotmail.com.ar

Docente Responsable: Arfeliz, Miranda

2024

Agradecimientos

A Marite y Eloy por todo lo que pudieron.

A Florencio, Alfonso, Amparo, Eugenio, Lorenzo y Camilo por acompañarme en la

vida.

A mis amigos de la fpsico, Yani y Luis, por todo lo compartido.

A mis amigas de ayer, hoy y siempre.

A Avru por estar presente en este proceso.

A la Universidad Nacional de Rosario y a la Facultad de Psicología por la formación pública, gratuita y de calidad.

A todos los que supieron abrazar en el momento justo.

Índice

Resumen y Palabras clave 1 Introducción 2 Desarrollo 4

Proyectos de subjetividad del Neoliberalismo 4 Mapeando desde el malestar 6 Retorno al síntoma 9

Reflexiones finales 13 Referencias bibliográficas 15

Resumen

El presente Trabajo Integrador Final propone una lectura de los consumos problemáticos de sustancias en su relación con las dinámicas político-sociales y las condiciones de producción de subjetividad que instala el neoliberalismo. El consumo problemático de sustancias es entendido como producto del capitalismo salvaje actual, un sistema que promueve el consumo ilimitado y la satisfacción individual aislada como formas que aseguran el pertenecer socialmente. Se examinan los efectos que las lógicas neoliberales generan en las subjetividades a través de un mercado que asocia identidad con consumo. El malestar en nuestra cultura ya no tiene tanto que ver con las restricciones a nuestros impulsos sino con el imperativo de gozar. Las sustancias han sido despojadas de su carácter simbólico y ritual, transformadas así en mercancías que permiten prescindir del Otro para obtener un placer inmediato y fugaz. El psicoanálisis se presenta como una práctica de resistencia que permite la detención y el cuestionamiento de las lógicas neoliberales, habilita un espacio donde el sujeto pueda interrogar su malestar, recuperando la palabra y el potencial disruptivo del síntoma. Finalmente, se subraya la importancia de la Ley de Salud Mental como ley del lazo social, se plantea la necesidad de recuperar el sentido de lo común y lo político como formas de resistencia en un contexto que tiende a individualizar el malestar y a deslegitimar el lazo social.

Palabras clave: Subjetividad - Neoliberalismo - Consumo problemático - Malestar - Psicoanálisis.

Introducción

En el presente Trabajo Integrador Final (T.I.F.) de la carrera de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario, nos proponemos realizar una lectura de los consumos problemáticos de sustancias en clave de época. Indagaremos la relación entre las condiciones neoliberales de producción de subjetividad y el consumo problemático de sustancias, desde una perspectiva psicoanalítica. La premisa que sostenemos es que el consumo problemático de sustancias es un producto paradigmático del capitalismo actual.

En este sentido, se tomará como punto de partida las lógicas neoliberales y sus dinámicas político-sociales, para posteriormente analizar sus efectos en la subjetividad de la época y el malestar en la cultura general. Retomando a Benedetti (2022) en tanto lo social produce subjetividad, el contexto no es simplemente contexto sino texto subjetivo. Esto nos permite entender a los consumos problemáticos de sustancias como parte de una realidad compleja que reintroduce al sujeto en su complejidad, invitándonos a repensar los escenarios epocales actuales.

El tiempo en el que vivimos está signado por un ritmo de aceleración y actualización constante que influye en las características de los padecimientos subjetivos; y en particular en las problemáticas de consumo, sometidos a una continua y vertiginosa transformación. El ensayo nos permitirá sostener una posición reflexiva que nos habilite a la construcción y reconstrucción continua de saberes e interrogantes, con el objetivo de,

como profesionales, tener un posicionamiento ético que de cuenta de lo imperativo de la época. El fin será aportar a la construcción de un abordaje posible de los consumos problemáticos de sustancias desde el psicoanálisis, que considere al sujeto en su singularidad y situación, con el fin de brindar dispositivos de intervención acordes a lo establecido en la Ley de Salud Mental 26.657.

La sociedad desde la que Freud escribió sus postulados sobre el malestar en la cultura es una sociedad disciplinaria, propia del capitalismo del siglo XIX. Esto nos lleva a preguntarnos en qué se diferencian el malestar propuesto por Freud y el malestar generado por la forma de capitalismo actual, que es el neoliberalismo. Cabe preguntarse ¿Qué es lo que regulaba la vida de las personas en la sociedad del siglo XIX? ¿Qué es lo que la regula actualmente?

En tanto que la sociedad del siglo XIX operaba con coacciones y prohibiciones disciplinarias sobre las pulsiones del hombre, el neoliberalismo se relaciona con el dominio del capital sobre la vida. El neoliberalismo extiende la racionalidad económica y la estructura empresarial a cada ámbito de la vida, donde no sólo produce mercancías sino también el mundo en el que esas mercancías funcionan como realización del deseo (Sztulwark, 2020). El acto mismo de consumir es constitutivo y le otorga valor al ser del sujeto-objeto. Se nos empuja al consumo ilimitado de todo tipo de objetos, hay un empuje a la satisfacción constante sin intermediarios. Nos proponemos pensar qué efectos tiene este carácter ilimitado del consumo en las subjetividades.

Mientras que se pregonaba desde el mercado la libertad de elegir a través de herramientas como la publicidad, el marketing y libros de autoayuda, al mismo tiempo internalizamos la obligación de tomar decisiones individuales aisladas del conjunto social; todo esto sobre la premisa meritocrática de que el éxito o el fracaso son consecuencias de las capacidades individuales de cada persona. Como resultado, los individuos actúan bajo la estrategia neoliberal como responsables de sí mismos, logrando así que los propios sujetos se vean capturados en las exigencias ilimitadas del orden simbólico del mercado. Podría decirse entonces que existe una exigencia y presión constante de rendimiento en todos los ámbitos de la vida (trabajo, estudio, salud física y mental). Bajo la lógica neoliberal, lograr dichos rendimientos nos permitiría tener una vida feliz y exitosa que se presenta como meta, convirtiéndose la clave de la realización en una empresa que en todo tiempo y momento depende exclusivamente de uno mismo.

A su vez el carácter ilimitado de la producción de objetos de consumo da lugar a la figura del sujeto consumidor. Cada acto de consumo promete un placer que siempre es

2

parcial. En palabras de Edith Benedetti (2022) podemos pensar que “Estas transformaciones producen efectos en las subjetividades: se trata de la emergencia de nuevas presentaciones de padecimiento subjetivo. Se inscriben en estas nuevas presentaciones los consumos problemáticos, tanto de sustancias psicoactivas como de cualquier objeto que provoque alivio a la tensión y que no remita a ninguna significación” (p. 59). Los modos en que los sujetos acuden en búsqueda de una satisfacción ante el malestar se transforman de acuerdo a la época en la que se sitúan.

Frente al malestar de su época Freud (1997) enumera tres tipos de calmantes: poderosas distracciones, satisfacciones sustitutivas y sustancias embriagadoras. El autor se refiere a estas últimas como quitapenas que nos posibilitan sustraernos de la presión de la realidad, refugiarnos en un mundo propio que ofrecería mejores condiciones de sensación y una ganancia inmediata de placer. Desde el neoliberalismo podemos pensar que cualquier sustancia es además una mercancía, podemos pensar las drogas como un objeto que el mercado ofrece como modos de goce actuales en la vertiente placer/displacer (Farji Trubba, 2018). ¿Qué función ocupan hoy las sustancias en la subjetividad de la época?

Entendemos que el consumo problemático no se define por la sustancia que se

consume, sino por la relación que el sujeto establece con la misma. Si pensamos desde la ética psicoanalítica, es necesario habilitar un espacio de escucha singular en la que el sujeto que consume pueda ubicar la función que cumple la sustancia en su subjetividad. Por el contrario, la estrategia hegemónica a la hora de abordar las situaciones de consumo es la de brindar respuestas homogéneas, encasillando a todos los sujetos consumidores bajo la representación estigmatizante de adicto. Lo tóxico no es la sustancia en sí, sino que lo tóxico es un enigma a descifrar a través de una elaboración de trabajo psicoanalítico, que supone otros tiempos distintos a los que exige la lógica neoliberal. El psicoanálisis se nos presenta así como una práctica de resistencia ante la producción de subjetividad neoliberal.

¿Qué muestran estas formas del malestar de la cultura de consumo? ¿En qué momento estas formas de vivir en consumo se vuelven problemáticas? ¿Hasta qué punto no es la vida la que se nos ha vuelto problemática y el consumir una forma alienada de transitarla? ¿Cómo pensar un abordaje posible desde el psicoanálisis? Estas preguntas nos guiarán en el recorrido del ensayo, en el intento de bordear y transitar una problemática tan compleja como imprescindible para los tiempos que corren.

Desarrollo

Proyectos de subjetividad del Neoliberalismo

*Dios te ha dejado solo, como internet
Hoy, que querías de todo, nada tenés.
Charly Garcia*

Freud (1997) plantea que “no puede soslayarse la medida en que la cultura se edifica sobre la renuncia de lo pulsional, el alto grado en que se basa, precisamente en la no satisfacción (mediante sofocación, represión, ¿o que otra cosa?) de poderosas pulsiones” (p.96). Esta sofocación conlleva un malestar que es inherente entonces a la vida en sociedad. El malestar del que habla Freud es un malestar que se genera por la prohibición o la restricción del acceso al goce, para vivir en sociedad es necesario reprimir

los impulsos pulsionales. Un poder coercitivo reprime nuestras pulsiones y genera malestar.

Frente a este malestar cada persona encuentra un modo de disminuirlo. Freud enumera tres tipos de calmantes: poderosas distracciones, satisfacciones sustitutivas y sustancias embriagadoras. El autor se refiere a estas últimas como quitapenas que nos posibilitan sustraernos de la presión de la realidad, refugiarnos en un mundo propio que ofrecería mejores condiciones de sensación y una ganancia inmediata de placer. Ahora bien, a diferencia del malestar en la cultura que plantea Freud, el malestar civilizatorio actual está regido por una forma de gobierno de las sociedades distinto al que se tenía en el siglo XIX.

El neoliberalismo no es simplemente un conjunto de ideas sobre la economía: es un programa intelectual que integra ideas acerca de la sociedad, la economía, el derecho y de allí deriva un programa político. Escalante Gonzalbo (2016) plantea que pocas veces una ideología ha logrado imponerse de modo tan completo. Esto es así no sólo por la adopción de determinadas políticas económicas y financieras en todo el mundo, sino que además se ha popularizado la idea de la Naturaleza Humana en la que se inspira el programa neoliberal. Este último es entonces una forma de entender el orden social, moral y de políticas públicas.

Lo que caracteriza al Neoliberalismo es su intención de modular la vida de las personas. Sztulwark (2020) sostiene que el Neoliberalismo es una forma de capitalismo peculiarmente totalitario, su interés está puesto en los detalles mismos de los modos de vivir. Lo neoliberal designa, según este autor, la voluntad de organizar la intimidad de los afectos y de gobernar las estrategias existenciales. Entonces podemos entender al Neoliberalismo como el devenir micropolítico de un capitalismo salvaje.

Considerando estas concepciones, podemos pensar que el objetivo del neoliberalismo es que la cultura neoliberal se transforme en la cultura de cada uno de nosotros. ¿Cómo llega esa cultura a convertirse en un modo de ser generalizado? Retomando a Escalante Gonzalbo (2016), según este programa los seres humanos participamos constantemente de un mercado ideal, intercambiando cosas. Quienes participan son individuos racionales, egoístas, perfectamente informados, que tratan de maximizar su utilidad. Por definición se postula que esa conducta egoísta, maximizadora, es la forma básica de la conducta en cualquier circunstancia. Individuos soberanos, responsables de sus éxitos y sus fracasos, que piensan en la maximización de las ganancias. Encuentra en los conceptos de la economía su herramienta para inmiscuirse y codificar la realidad cotidiana: optimización, eficiencia, éxito se transforman en metáforas que se aplican a la vida de las personas. Es entonces que el enfoque económico se traslada a todos los ámbitos imaginables, y a partir de una idea de economía y un modelo de mercado, el neoliberalismo postula una definición de la naturaleza humana.

Como forma del capitalismo actual, imprime su propia lógica de gobierno, generando de este modo efectos subjetivos, efectos que son parte de su proyecto político con sus respectivos malestares. El neoliberalismo se aleja del accionar represivo

característico de una sociedad disciplinaria, y en cambio postula ideales de liberación. Libera en una acepción paradójica, ya que le propone a la sociedad una supuesta liberación de las imposiciones necesarias para la convivencia. Esto cobra mayor sentido si miramos las bases de la teoría política del liberalismo, que concibe como libertad a aquella que permite generar espacios en los cuales un hombre pueda actuar sin ser interferido por otros. De allí deriva la búsqueda por una mayor restricción del accionar de los Estados en las cuestiones sociales, la lucha por una mayor desregulación económica sin intermediarios, y en conclusión una “liberación” que le permitiría al sujeto ser él mismo individualmente, sin la necesidad de un otro o de otros en términos colectivos. El individuo neoliberal se libera del peso de ser parte de una sociedad, del conjunto; pasa a ser un

individuo independiente del otro, de los otros en cualquiera de sus formas (allegados, estado, comunidad). Este individuo se rige a sí mismo y su lugar en la sociedad va a estar determinado por su mérito individual. Se promueve entonces un ideal del individuo aislado: en lugar de lazos comunitarios, se generan lazos de competencia entre individuos. Freud (1997) argumenta que:

Lo que en una comunidad humana se agita como esfuerzo libertario puede ser la rebelión contra una injusticia vigente, en cuyo caso favorecerá un ulterior desarrollo de la cultura, será conciliable con esta. Pero también puede provenir del resto de la personalidad originaria, un resto no dominado por la cultura, y convertirse de ese modo en base para la hostilidad hacia esta última. (p.94)

De modo que el ideal libertario es inútil sino se expresa en un movimiento que le de un sentido según el cual se pueda proyectar una representación de futuro. Cuando la libertad se refiere a suprimir al otro porque limita mi libertad se instala una sociedad del sálvese quien pueda, en donde el éxito y el fracaso comienzan a ser categorías que rigen la vida de las personas.

El autor Farji Trubba (2018) desarrolla claramente la diferencia entre las coerciones que planteaba la sociedad moderna y las propias del neoliberalismo:

Quizás el malestar en nuestra cultura ya no tenga tanto que ver con una prohibición del acceso al goce, sino que más bien esté fundado en un empuje a gozar; a gozar, en términos de experiencia individual, de los objetos que ofrece el mercado. (p.39)

En otras palabras, el malestar en la cultura actual se vincula más con el empuje a la libertad que a la restricción de un poder coercitivo. Este consiste en “un tipo de poder donde no hay ya un tirano omnipotente sino que cada uno se convierte en tirano de sí mismo” (Farji Trubba, 2018, p. 40). Esta libertad individual se asocia a la libertad de mercado como parte fundamental del programa político del neoliberalismo. Cada sociedad produce los sujetos que necesita para sostener su propio funcionamiento, una sociedad basada en el libre mercado necesita y produce individuos libres. Es así como se genera una mercantilización de la existencia, configurándose un sujeto consumidor que se define según lo que consume y este consumo es lo que termina otorgándole valor al ser del sujeto-objeto: el éxito de un producto depende de cómo se venda en el mercado y esto se extiende a la vida de las personas.

La década de los 90 en Argentina estuvo fuertemente atravesada por estas pautas como un ensayo de la avanzada del neoliberalismo en nuestro país, transformando por completo el entramado social. Dichas transformaciones fueron diversas e impactaron de manera integral en la sociedad; desde el predominio de la lógica financiera y de mercado en la política económica, hasta la meritocracia signada por la preeminencia de lo individual como lógica de funcionamiento social. En su libro “No me hubiera gustado morir en los 90” la autora Silvia Bleichmar ha dejado un importante testimonio sobre cómo fue vivir esta época, sirviendonos como ejemplo para pensar los efectos y malestares del capitalismo actual en las subjetividades:

No me hubiera gustado morir en los 90, cuando triunfaba la idea de que cada uno debía valerse por sí mismo, y de que quien dependía del Estado para educar a sus hijos o garantizarles la salud era un perdedor. Cuando esta ideología reinante, que entronizaba el egoísmo, imponía salvarse y salvar su cría al modo selvático y se convertía en la matriz ideativa que permitía creer que se debía “achicar el estado para salvar la nación” -así, con minúscula, porque el Estado era un mero administrador de las riquezas y miserias privadas- arrastrándonos a la deconstrucción de toda noción de comunidad. (Bleichmar,

La década de los 90 dejó como saldo la “crisis del 2001”, un estallido popular que fue consecuencia de las dificultades sociales, económicas y políticas que atravesaba la Argentina en ese entonces. Tras una década completa en la cual se implementó como política de Estado un programa neoliberal, miles de personas de sectores medios y populares cayeron de aquél sistema, quedando en extremas condiciones pobreza y desempleo. Frente a este escenario, la capacidad de respuesta del Estado era prácticamente nula, debido a que se encontraba en gran medida desfinanciado y vaciado de toda lógica de asistencia social. En ese contexto no era posible para la mayoría de los argentinos tener una perspectiva de futuro, las necesidades diarias estaban a la orden del día, y el hambre se imponía a los sueños de proyectos futuros. Vivir el día a día imposibilitaba proyectar otra cosa que no sea la mera supervivencia. El proceso de mercantilización de la vida, benefició sólo a los sectores más poderosos de la pirámide social y empresarial, mientras que para el resto las consecuencias fueron perjudiciales.

Los impactos pasados dejaron marcas que aún son visibles. Los efectos subjetivos de las transformaciones que se dieron en la dimensión político-social perduran hasta el día de hoy. Sin ir demasiado lejos, la desconfianza en la política como acción transformadora, el discurso del Estado como ineficiente y/o costoso, y la idea de meritocracia como principal regulador de las posiciones sociales, son hoy en día fuertes nociones que no se han distanciado de la opinión pública en general.

Coincidimos con Bleichmar (2005) en pensar que:

Lo que lleva a los hombres a soportar la prima de malestar que cada época impone, es la garantía futura de que algún día cesará ese malestar, y en razón de ello la felicidad será alcanzada. Es la esperanza de remediar los males presentes, la ilusión de una vida plena cuyo borde movable se corre constantemente, lo que posibilita que el camino a recorrer encuentre un modo de justificar su recorrido. (p.22)

Si no hay proyectos colectivos, si no hay perspectivas de futuro, cómo soporta este malestar la sociedad. ¿Podría ser a través del consumo de los objetos que nos ofrece el mercado que por fin alcancemos la felicidad? ¿Son las mercancías lo que viene a paliar el malestar? ¿Qué función tiene el consumo de sustancias en el malestar de una época sin tiempo para proyectar un futuro?

Mapear desde el malestar

*Y aunque no pierdo la esperanza
a veces con vivir no alcanza
voy a tomar un poquito más
aquella medicina number nine
Charly Garcia*

Entendemos la subjetividad como modo de vida culturalmente construido, se desprende que, en mayor o menor medida, todos estamos atravesados por lo que culturalmente se nos ofrece. A diferencia de lo que sostenía Freud (1992) en su escrito

De guerra y muerte, donde la cultura tendía a lo social y la subjetividad era comunitaria, el neoliberalismo hoy nos ofrece modos de vivir que toman a los cuerpos subjetivándolos de a uno, con técnicas que tienden a la uniformización (Ingrassia, 2024).

Concebimos lo neoliberal como una fase de la acumulación de capital estrechamente relacionada con los modos de vida, en la cual no se produce capital sin producir subjetividad, donde no sólo se producen mercancías sino también el mundo en el que esas mercancías funcionan como realización del deseo (Sztulwark, 2020). En la sociedad de hoy el ideal es consumir, gastar el dinero que se produce en objetos que nos prometen felicidad. El mercado hace entonces de los individuos, sujetos consumidores. El consumo de mercancías se vuelve, bajo esta lógica, un garante de socialización y de no exclusión de la sociedad. El consumo pasó a ser un elemento clave en la definición de la identidad. Podemos decir que la actividad de consumir se transformó en una forma de estar en la vida, un momento de felicidad y satisfacción que se desvanece en el instante mismo en que se consume. Hay una asociación entre consumo y felicidad, entre felicidad y éxito, entre objetos y momentos volátiles de felicidad. Esta lógica hegemónica neoliberal instala el imaginario de que para ser feliz hay que consumir y adquirir todo tipo de objetos.

El discurso del mercado intenta plantear un sujeto que se determina a sí mismo a través de los objetos que consume, rompiendo con la lógica de la determinación en el campo del Otro que nos antecede. Es bajo este discurso que se nos invita a gozar libremente de los objetos que ofrece el mercado de consumo. Carrere lo explica de la siguiente manera:

[...] el Ideal de nuestra época comporta una paradoja, dado que se sostiene en la idea de que no debe haber ideales, sino un goce libre de las restricciones que impone la existencia del Otro. Se trata de un discurso que postula una negación de cualquier instancia de Alteridad y que, por lo tanto, propone un sujeto que se funde a sí mismo. (Farji Trubba, 2018, p. 39)

Lo que el mercado intenta modificar es la relación del sujeto con la falta. Intenta ocultar como condición necesaria la existencia del Otro en lo que tiene que ver con la constitución del sujeto. Se apunta a prescindir del Otro para obtener placer, y justamente los objetos permiten esa evasión en la figura del individualismo y la supuesta libertad posmoderna (Farji Trubba, 2018).

¿Qué relación podemos establecer con el consumo de drogas? La premisa que sostenemos es que la otra cara del sujeto consumidor es el sujeto usuario de drogas. El sujeto consumidor busca la satisfacción en el consumo de objetos socialmente aceptables. Asimismo, el sujeto usuario de drogas, pensado en términos de consumo problemático, consume con la ilusión de convertirse en el “relojero de su propio cuerpo”, ser un alquimista de sus estados de ánimo manejándolos a su antojo (Farji Trubba, 2018). En este sentido, ¿Es posible plantear que, hoy en día, todos nos creemos relojeros de nuestro propio cuerpo? Hoy, situando la mirada más allá de las drogas, podemos afirmar que todos los objetos que consumimos nos dan esta ilusión.

En un contexto en el cual el tiempo es oro, el sujeto imbuido en las lógicas del mercado quiere ahorrar. La permanente mercantilización de todas las dimensiones de la existencia llevan a los sujetos a querer ahorrarse el enredo de la vida. Rechazar la complejidad de la vida. El neoliberalismo nos propone la simplificación de las cosas, ahorrar tiempo, esfuerzo, conversación. ¿Para qué es ese tiempo que nos ahorramos? ¿Para quién? En tiempos donde “no hay tiempo” ¿Cómo darnos tiempo? ¿Cómo darle tiempo a los demás? ¿Será esta la ilusión del tiempo a recuperar, en tiempos donde “no hay tiempo” para el encuentro con otros? *“Me quedé sin tiempo”, “Pasaron volando las horas”, “No llegué a tiempo”*.

El neoliberalismo ofrece herramientas que operan directamente sobre la subjetividad del capital. El coaching, el mindfulness, la psicología positiva, la publicidad o el marketing son técnicas neoliberales de la existencia que ofrecen al individuo toda clase

de procedimientos facilitadores para la vida (Sztulwark, 2020). Se promueven estilos de vida en donde cada uno podría curarse de aquello que lo aqueja por sí mismo. A través del consumo, los individuos encuentran aparentes soluciones a las vicisitudes de la vida. En el capitalismo, por su lógica intrínseca, siempre habrá una necesidad, alguien que sabe lo que necesitas, brindándote asimismo la solución ideal. Donde hay una necesidad, ya no nace un derecho, sino un mercado. Nos venden constantemente soluciones para creernos relojeros de nuestro propio cuerpo. Comer sano, hacer ejercicio, meditar, por mencionar solo algunas de la infinidad de opciones. La lógica que atraviesa dichas soluciones es la misma: si uno quiere ser feliz, puede serlo.

¿Será que ante la falta de proyectos colectivos, ante las incertidumbres respecto al futuro, ante tanta inestabilidad en la comunidad, creemos en la promesa del mercado? La promesa de que el próximo objeto es el que nos va a satisfacer completamente.

Todos recurrimos al consumo para aliviar nuestros malestares, a cada vida le faltan piezas diferentes. Cada uno va a ubicar y relacionarse con los objetos que le ofrece el mercado de formas diferentes, de acuerdo a la pieza que le falte. Nos acercamos a esos objetos con una lógica meritocrática, buscando recompensa por el esfuerzo: “Me esforcé y trabajé duro, me merezco comprarme esto” sostenemos en un diálogo interno, y en el momento en que se consumió la acción, la satisfacción se termina. Un instante de felicidad. Coincidimos con Benedetti (2022) cuando plantea que: “Los escenarios actuales están atravesados por tiempos de vértigo, instantaneidad y actualidad extrema, así se instala la ilusión contemporánea de acceder a lo real en tiempo real, sin mediación del intervalo, en pos de la promesa de felicidad” (p. 58).

En paralelo, podemos pensar en las situaciones de consumo de sustancias, que tienen también este carácter de placer inmediato y efímero. Para ilustrar esto, podemos retomar el siguiente relato sobre consumo de sustancias:

[...] toda su vida se ordenó con el objetivo de pagar esos cuatro segundos de perfección. Parece poco, pero para alguien que está acostumbrado a pasar días y días sufriendo, cuatro segundos de gloria pueden valer mucha plata. La desesperación empezaba casi al instante de consumir. Fumar, volar, buscar y desesperarse. (Aramburu, 2023, p. 39)

Al convertirse la droga en una mercancía más, entra en la lógica del mercado y se vuelve un objeto obsoleto en el que se busca encontrar el placer inmediato, que irremediablemente no alcanza, nunca es suficiente. Resulta interesante pensar cómo a medida que avanza el capitalismo y sus lógicas de consumo inmediato, los objetos son pensados para durar cada vez menos y producir el mayor placer posible.

Cualquier consumo está signado por este carácter que nunca colma, nunca sacia por completo. Podríamos plantear que el mercado reconoce en este sentido el carácter de irremediablemente perdido del objeto de deseo de los sujetos y lo utiliza a su favor. Es así como intenta colmar el deseo con objetos que siempre prometen satisfacer pero nunca lo logran del todo, alimentando de este modo su lógica de funcionamiento, y asegurando su propia sostenibilidad en el tiempo.

La forma en que el neoliberalismo nos propone relacionarnos con los otros, con los objetos, los lazos sociales y los tiempos que se configuran mediante este discurso, le han arrebatado al consumo de sustancias su carácter simbólico. Situándonos desde una perspectiva histórica, el fenómeno que hoy se configura como consumo problemático de sustancias, ha ido transformándose a lo largo de la historia. Todas las sociedades y comunidades han utilizado las sustancias psicoactivas con distintos fines en relación a procesos culturales, actividades espirituales y religiosas, incluso medicinales. En este escenario de sociedad de consumo, “pasamos de un consumo arraigado en la cultura —en la cual la tradición servía como regulador de las dosis y el contexto— a uno desinformado y, en ocasiones, alienante” (Bekinschtein et al., 2017, p.265). Es el carácter de objeto de consumo, es la misma lógica mercantil, la que entonces nos lleva a consumir constantemente, sin obtener una satisfacción suficiente, aislados del conjunto social,

resquebrajando de este modo los lazos sociales y profundizando la individualidad.

8

¿Por qué hoy el consumo de sustancias ha tomado relevancia? ¿Será porque refleja el carácter exacerbado del consumo que tenemos todos? Denuncia algo que no funciona, da cuenta de algo que se está rompiendo. El consumo problemático de sustancias es socialmente disruptivo. Rompe con ese ordenamiento implícito del mundo. El sistema hace explícitas sus fallas: la exacerbación del consumo nos deja ensimismados, siendo uno con el objeto.

Sztulwark (2020) se refiere a la intolerancia del Neoliberalismo frente a todo lo que se aparezca como obstáculo:

[...] la naturaleza sectaria y represiva del neoliberalismo radica en esto: su rechazo visceral a ver en lo que no cuaja - esto es, en el síntoma- un potencial cognitivo, un proceso de singularización por desplegar, un discurso sumergido en lo no dicho, algo a escuchar, una pieza heterogénea que denuncia la pretendida funcionalidad no conflictiva del todo. (p.65)

Pretendida funcionalidad no conflictiva del todo, ideal de que todo funcione como se planea, nos encontramos con la intencionalidad del neoliberalismo de formatear los modos de vida. Cada época reprime distintas cosas, podemos pensar que en nuestra época lo que se reprime es la diferencia. La subjetividad como diferencia. La diferencia hoy en día es un rasgo negativo y lo que se intenta hacer es que todos gocemos de lo mismo. El sujeto consumidor participa activamente en el funcionamiento de la rueda mercantil donde el objeto verdaderamente satisfactorio siempre es el objeto porvenir. Una persona rompe con esta lógica de funcionamiento cuando, por ejemplo en el caso de los consumos problemáticos, el individuo se corre de la búsqueda interminable de distintos objetos y se queda adherido a un determinado objeto de goce. Siguiendo la lógica neoliberal un sujeto con consumo problemático es un sujeto que no pudo adaptarse al sistema.

El neoliberalismo establece una relación con el síntoma orientada por el control. “El síntoma es la amenaza potencial de una crisis no controlada, la apertura de una brecha no controlada” (Sztulwark, 2020, p. 47). Esta lógica de poder no cesa en su esfuerzo por imponer una forma a lo humano. Está crisis no controlada por la que se siente amenazado el sistema neoliberal puede ser un punto de resistencia a sus lógicas. Dando lugar a la aparición de los síntomas es que vamos a poder mapear desde el malestar (Sztulwark, 2020) y empezar a preguntarnos por nuestras prácticas de consumo.

Retorno al síntoma

*En tiempos donde nadie escucha a nadie
En tiempos donde todos contra todos
En tiempos egoístas y mezquinos
En tiempos donde siempre estamos solos
Fito Paez*

*Si esta cultura te hace adicto al sufrimiento
Adicta a una fila de lamentos,
saco el cuchillo pa' cortarlo en filamentos.
Wos*

Dentro de la sociedad de consumo nos encontramos sometidos a condiciones sociales que nos empujan a la compulsión. El tiempo es oro, la productividad es un emblema, el tener nos define como sujetos, el placer es inmediato y la satisfacción es

fugaz. Sometidos a la aceleración del ritmo de vida, el tiempo está signado por determinantes económicos y la instantaneidad de las cosas. Este devenir caótico y acelerado genera un contexto de angustia generalizada que nos lleva a activar un modo

9

automatizado de estar en la vida con el fin de poder soportar. La realidad nos acorrala con mandatos e información constante que no nos permite frenar a pensar en que es lo que está pasando con nosotros mismos y mucho menos con los que tenemos al lado. Son tiempos en los que estamos solos. En un mundo donde cada vez hay más imágenes, no queda lugar para las palabras. En un mundo en el que cada vez hay más contactos virtuales, nos encontramos poniendo cada vez menos el cuerpo para sostener vínculos.

El carácter irrefrenable del tiempo atenta contra los lazos sociales. El mercado prioriza la competencia entre los individuos en función de la lógica meritocrática, lo que conlleva una desvalorización de los lazos, del encuentro con los otros, una desvalorización de la palabra misma. Pareciera que el Neoliberalismo busca que no necesitemos de los otros para poder vivir, promoviendo el ideal de un individuo aislado que puede encontrar disfrute en el mercado sin intermediarios, trastocando así la relación del sujeto con la falta.

En este contexto se nos presenta la huida del deseo en una instantaneidad metonímica, parece que no hay tiempo para comprender cuál es el deseo que nos habita, porque enseguida debe aparecer ya su satisfacción, como una demanda que no admite espera (Farji Trubba, 2018). Podemos pensar que actualmente el deseo se fabrica en función de las mercancías, ya no es puesto en juego un objeto portador de una falta, que sostenga la mediación hacia el deseo, sino un objeto gadget capaz de procurar un goce inmediato (Lacadée, 2017). Ya en 1930 Freud planteaba los avatares a los que se enfrentaba el hombre como dios-prótesis: “el ser humano de nuestros días no se siente feliz en su semejanza con un dios” (1997, p.91), y aún se preguntaba por los progresos que traerían las épocas futuras. Hoy los objetos gadgets son una prolongación de nuestros cuerpos, como vaticinaba Freud efectivamente aumentó nuestra semejanza con un dios todopoderoso, pero asimismo aumentó el malestar con respecto a ello.

En el mismo sentido, Soledad Cottone (2024) sostiene que:

Hay una humanidad sedentaria, reducida a la velocidad de consumir sin dejar marcas, en un estar-mantenerse a flote para no hundirse. La insatisfacción por el espacio reducido a pura velocidad, insatisfacción por el movimiento condenado a la pura velocidad está en la base de la intimidad evaporada. (XIV Jornadas de Psicoanálisis, Salud Y Políticas Públicas, 2024)

Asistimos a una época en la que cada vez son más las personas de padecen psíquicamente. Puede entenderse en relación a que cada vez tenemos menos momentos para hacer lugar al malestar que generan los modos de vivir actuales. No se puede perder tiempo en reflexionar sobre lo que nos pasa, en lo que nos preocupa y menos se puede perder tiempo en ver qué le ocurre a los otros. No hay tiempo para las cosas que parecen poco productivas. El consumo es la ruptura del lazo con el otro, para consumir no se necesita a nadie. Es una época de individualismo salvaje en la que ya no nos definimos en relación a un Otro, sino como consumidores aislados.

En lugar de tiempo, lo que se nos ofrece son modos de gestionar eficientemente el malestar en concordancia con una lógica empresarial de las personas. Apparentes soluciones que profundizan el individualismo. Sztulwark (2020) sostiene, por ejemplo, que el coaching se interesa en reforzar los mecanismos de adecuación y obediencia que aseguran la confluencia entre deseo y orden. El coaching enseña a lidiar con los síntomas de modo directo y positivo, modulándolo para sostener un equilibrio estable. Su naturaleza reside en desposeer al síntoma de todo su potencial, neutralizando el malestar

por medio del uso compensador de algunos posibles que la realidad ofrece. Lo disruptivo del síntoma tiene un potencial enorme de cuestionamiento hacia lo establecido.

En este marco de pura compulsión al consumo, según Migdalek (2008) las presentaciones de los sujetos con consumo problemático se caracterizan más por la prevalencia del acting out y del pasaje al acto, que por la presencia de formaciones tributarias de la dimensión metafórica del síntoma. Estos modos de actuar lo que no puede decirse son los que dificultan la conformación del síntoma analítico a trabajar. Lo

10

que se configura como fenómeno social puede no configurar un síntoma para el sujeto. El atajo a través del tóxico compite con el surgimiento de las elaboraciones psíquicas (Lardizabal, 2014), compite con el surgimiento del síntoma.

Los usuarios llegan buscando una solución que reemplace “la” solución que tenían y que se ha fracturado. Quieren otra salida rápida e inmediata como puede ser la medicación psiquiátrica, droga por droga para aliviar o anular la angustia. ¿Qué es lo posible desde el psicoanálisis? En esta cultura del instante el psicoanálisis posibilita una detención. Percia (2001) sostiene al análisis como práctica de la interrupción, “Interrupción no como impedimento de seguir. Interrupción como discontinuidad. Como desvío, como descanso, pliegue, salida” (p. 15).

Poner un freno a la compulsión del consumo. Abrir un espacio que aloje, que dé lugar a la pausa. La espera tiene sus recompensas, podemos considerarla como una liberación temporal del criterio económico que proclama que el tiempo es oro, como un breve respiro frente a las prisas de la vida moderna (Schweizer, 2010). Se vuelve necesaria la detención en el sentido de estar disponible a la espera del vínculo, de una conexión con el sujeto que sea potencia de encuentro, para que “las palabras vuelvan a tener poder germinante” (Percia, 2001, p.44).

El psicoanálisis apuesta por la emergencia del sujeto. Apuesta a la emergencia de un sujeto en transferencia, para que tal vez pueda constituir allí un síntoma, que no siempre tendrá que ver con el consumo. La sustancia no es la meta. Lo tóxico no es la sustancia en sí, sino que lo tóxico se configura como un enigma a descifrar a través de una elaboración de trabajo psicoanalítico, que supone una interrupción frente al tiempo compulsivo neoliberal. La demora es presentada por el psicoanálisis como estrategia de cuidado, desustancializando al sujeto y haciendo lugar al síntoma.

Coincidimos con Schweizer (2010) en su planteo con respecto al tiempo:

Lo que se pierde cuando el tiempo es oro es el contenido del tiempo mismo, pero se trata de un contenido que parece inexplicable sin los determinantes económicos o sin las mediciones de los relojes. Y, sin embargo, es justo este inconcebible contenido del tiempo -inconcebible porque es imposible de medir- el que deja huella en los rostros y los cuerpos [...]. (p.10)

Ese inconcebible quizás sea el tiempo que nos permitirá volver a encontrarnos con otros. Mapear desde el malestar implica poder poner un freno a este tiempo que nos lleva a la compulsión. Detener el devenir acelerado al que nos lleva el neoliberalismo, detener lo ilimitado para permitir que pase otra cosa.

Sztulwark (2018) refiere que:

La politización del malestar (que no hay que entender como un asunto meramente clínico, sino también como irreverencia plebeya y gesto igualitarista) remite entonces al síntoma y a la fragilidad, y en general, a cualquier anomalía deseante capaz de autonomizar vías de cooperación y de armado de mundos, que no pueden ser comprendidas por la intolerancia del mando neoliberal. (p.69)

Concebimos la política, la politización como espesura del pensamiento, como

intervención que busca hacer audible lo que se disputa en cada voz y entre voces que combaten por hacerse oír (Percia, 2001). En un mundo donde lo imperante es el ocultamiento de la vulnerabilidad, politizar el malestar es una decisión de escuchar lo silenciado.

Se vuelve necesario recuperar el pensar con otros, como actividad no utilitaria, no rentada. Pensar para desanudar, desenlazar para construir nuevos lazos. El trabajo de hacer lazos es empezar a construir un otro en lo social, apelando a una solidaridad política vinculada con el reconocimiento del otro que se transforme en potencia de lo común.

En este sentido es que podemos ubicar la Ley Nacional de Salud Mental N°26.657 como una ley del lazo social. En el marco de un proyecto político que reivindicaba la

11

figura del Estado presente y garante de derechos, revalorizando la noción de comunidad, el 25 de noviembre del año 2010 el Poder Legislativo sancionó la Ley Nacional de Salud Mental N° 26.657. Esta ley se da gracias a un incansable trabajo realizado desde las organizaciones de derechos humanos y las de usuarios y familiares, en un contexto donde el Gobierno Nacional avanzaba con un conjunto de leyes desde el enfoque de los Derechos Humanos, nombradas como “leyes 26000” que nos hablan de otro proyecto de subjetividad posible, entre ellas la Ley de Protección Integral de los Derechos de las Niñas, Niños y Adolescentes, Ley de Matrimonio Igualitario, Ley de protección integral para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres, Ley de Identidad de Género.

Es a partir de esta ley que se redefine la salud mental en el artículo N°3 como “proceso determinado por componentes históricos, socioeconómicos, culturales, biológicos y psicológicos, cuya preservación y mejoramientos implica una dinámica de construcción social vinculada a la concreción de los derechos humanos y sociales de las personas”. Recupera las multiplicidad de factores que hacen a la salud mental de una persona, ubicando en los primeros lugares a lo histórico, lo socioeconómico y lo cultural.

En este marco es que se incluye a las adicciones como parte de las problemáticas de salud mental y se produce un cambio radical en su modalidad de abordaje. El artículo N° 4 plantea: “Las adicciones deben ser abordadas como parte integrante de las políticas de salud mental. Las personas con uso problemático de drogas, legales e ilegales, tienen todos los derechos y garantías que se establecen en la presente ley en su relación con los servicios de salud”. La ley permite la salida del ámbito penal e incluye a los sujetos consumidores de drogas en las políticas de salud. Del aislamiento y expulsión que generaba la concepción del adicto como delincuente, se pasa a su inclusión en las políticas de salud como sujeto de derechos.

Esto posibilita la creencia de que hay un otro ahí, más allá de la droga. La adopción de la estrategia de reducción de riesgos y daños, en tanto se aleja de la rigidez de la estrategia abstencionista prohibicionista, habilita el surgimiento de un nuevo sentido para el trabajo clínico. Un trabajo clínico que no va a tener como objetivo la abstinencia sino que ofrecerá condiciones para que el sujeto produzca un saber propio respecto a su práctica de consumo. Coincidimos con Graciela Frigerio (2022) en considerar que nuestro trabajo es un oficio del lazo. Los oficios del lazo tienen que ver con apalabrar los cuerpos para dar lugar al sujeto, de asociación en asociación, de fragmento a fragmento, trabajando desde lo inacabado en el encuentro con un otro.

Reflexiones finales

A comienzos de este trabajo nos propusimos realizar una lectura de los consumos problemáticos de sustancias en clave de época. Entendemos el consumo problemático como producto paradigmático del capitalismo actual, al sujeto con consumo problemático de sustancias como el reverso del sujeto consumidor que promueve el sistema. En este sentido fuimos analizando las lógicas neoliberales, sus dinámicas político-sociales, el impacto en las condiciones de producción de subjetividad y los malestares que acarrea. Con el propósito de reflexionar sobre una temática que, siguiendo el ritmo acelerado de la sociedad, se transforma constantemente.

Dentro de un sistema que no frena, en un tiempo acelerado y vertiginoso, donde el mercado nos ofrece incansablemente productos para colmar nuestras necesidades de manera inmediata, donde todos quedamos reducidos a la condición de consumidores aislados, donde no hay tiempo para el encuentro con los otros, el consumo de sustancias ha sido desarraigado del carácter simbólico que lo enmarcaba. De este modo las sustancias se convirtieron en una mercancía más que nos ofrece el mercado como modos de goce inmediatos y efímeros.

Nos preguntamos qué abordaje es posible desde el psicoanálisis. El psicoanálisis se nos presenta como una práctica de resistencia ante los tiempos que impone el neoliberalismo. Desarmando los tiempos compulsivos y construyendo otro tiempo. Interrumpiendo el devenir vertiginoso de una realidad que nos acorrala, desde el psicoanálisis se propone una detención. Una espera que pueda habilitar al surgimiento de otra cosa. Se propone la construcción de un tiempo de espera.

Tiempo de espera que posibilita recuperar la potencia creadora de la palabra, habilitando un tiempo sin prisas que dé lugar a la construcción del sujeto y su síntoma. Se vuelve menester que las personas puedan volver a hablar, que puedan permitirse una pausa para poder poner en palabras el malestar, poder interrogar ese malestar para generar algo distinto.

Los consumos problemáticos de sustancias se nos presentan como modos de

actuar lo que no puede decirse, la sustancia compite con la elaboración psíquica del síntoma. Ante esto el psicoanálisis propone apostar por la creencia de que si hay un sujeto ahí detrás de la sustancia, detrás del oficio de paciente, del adicto. En este sentido la Ley de Salud Mental nos proporciona un marco posibilitador de esta creencia en tanto reconoce al usuario como sujeto de derechos. Nos enfrentamos al desafío de construir dispositivos que tengan en cuenta la singularidad de los sujetos, dispositivos que sean capaces de alojar las diferencias.

En tiempos donde el otro es considerado un enemigo es revolucionario volver a poner en valor los lazos sociales. En momentos donde se llama a la sociedad a descartar al otro, a desistir de su presencia, se nos vuelve indispensable revalorizar la construcción de lo común. Generando pausas en un tiempo determinado por lo económico, apostando al encuentro con los otros. Acá es donde proponemos recuperar también lo político porque está en disputa el sentido de lo común, porque está en juego una interpelación a los modos de hacer lo común, de ejercer y configurar ese común.

Para finalizar, nos gustaría retomar una pregunta planteada al inicio del trabajo: ¿Qué función tiene el consumo de sustancias en el malestar de una época sin tiempo para proyectar un futuro? Creemos que es a través de sostener interrogantes junto a otros, en un tiempo donde no nos corra el tiempo, que podremos, guiados por el deseo, generar nuevos proyectos futuros. En una época sin paciencia con lo vulnerable, donde

se patologizan y culpabilizan los padecimientos, reivindicamos la potencia disruptiva del síntoma, en tanto da lugar a la puesta en palabras para la creación de nuevos sentidos.

- Aramburu, M. (2023). *Las ceremonias: crónicas de personas que usan drogas*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: El Gato y La Caja.
- Bekinschtein, P., Calvo, D., Cancela, L., Cremonte, M., Damin, C., Godoy, C., Gurvich, D., Mansilla, J., Oviedo-Joekes, E., Paglini, M., Pautassi, R., Pilatti, A., Prieto, J., Rieznik, A., Russo, D., Sigman, D., Tagliazucchi, E. y Zamberlan, F. (2017). *Un libro sobre drogas*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: El Gato y La Caja.
- Benedetti, E. (2022). *Desde los consumos hacia un pensamiento clínico acerca de las problemáticas complejas. Notas político-epistémicas sobre modelos y estrategias de intervención*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ediciones Licenciada Laura Bonaparte.
- Bleichmar, S. (2005). *La subjetividad en riesgo*. Buenos Aires: Topía Editorial.
- Bleichmar, S. (2006). *No me hubiera gustado morir en los 90*. Buenos Aires: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.
- Cottone, S. (2024) *Pandemia: lo que no podemos decir, no lo podemos callar*. Jornadas de Psicoanálisis, Salud y Políticas Públicas.
- Escalante Gonzalbo, F. (2016). *Historia mínima del neoliberalismo*. Madrid: Turner Publicaciones.
- Farji Trubba, N. (2018). *Consumos problemáticos. Del fenómeno social a la operación singular*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Freud, S. (1992). *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte en Obras Completas* (Vol. 14, pp. 277-300). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1997). *El malestar en la cultura en Obras completas* (Vol. 21, pp. 57-145). Buenos Aires: Amorrortu.
- Frigerio, G. (2017). *Oficios del lazo: mapas de asociaciones e ideas sueltas* en G. Frigerio, G., Korinfeld, D. y Rodríguez, C. (Coords.). *Trabajar en instituciones: los oficios del lazo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Centro de Publicaciones Educativas y Material Didáctico.
- Ingrassia, F. (2024). *Escritos clínicos: psicoanálisis, interdisciplina, salud mental*. Rosario: Mal de Archivo Ediciones.
- Lardizabal, M. (2014). *Tóxicos para vivir*. VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXI Jornadas de Investigación Décimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología-Universidad de Buenos Aires.
- Ley Nacional de Salud Mental y Adicciones N° 26.657 DECRETO REGLAMENTARIO 603/2013. Dirección Nacional de Salud Mental y Adicciones. Argentina, 2013.
- Migdalek, S., Quevedo, S., Vazquez, L., Disanto, L. A., & Rodríguez, R. O. (2008). *Adicciones: opacidades del síntoma*. XV Jornadas de Investigación y Cuarto Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur. Facultad de Psicología-Universidad de Buenos Aires
- Percia, M. (2001). *clínica del crack-up: ficciones psicoanalíticas*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Schweizer, H. (2010). *La espera. Melodías de la duración*. Madrid: Ediciones Sequitur.
- Sztulwark, D. (2020). *La ofensiva sensible: neoliberalismo, populismo y el reverso de lo político*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Caja Negra.

